

cha las conversaciones del taller. No hay grupo de trabajadores que no trate cien veces al día de estas materias. Hasta los romances de ciego hablan de Religión. Hasta en las cajitas de fósforos se ponen ataques contra la Religión. No puedo dar un paso sin que me salga al encuentro una cuestión religiosa. De suerte que entre los siglos de polémica religiosa figurará indudablemente como el principal nuestro siglo XIX. Y ¿te atreverás aún á suponer que no tienen importancia para nuestro siglo las cosas de Religión? ¿En qué se conoce, pues, la importancia de una cosa, sino en que se ocupen todos los entendimientos de ella, y hablen de ella todos los libros, y la revuelvan á derecha é izquierda todos los periódicos?

» De suerte que, mirando las cosas sin pasión y como son en sí, hallaremos que, por mucha que sea la tibieza y flojedad de muchos hombres tocante á las prácticas religiosas, nunca tal vez hubo menos *indiferentes* que hoy día. Hoy casi todos han tomado ya un partido, unos en pro y otros en contra; nadie se contenta con mirar tranquilamente la lucha; apenas hay más

que amigos y enemigos. ¿Y dirás que no se da importancia á la Religión?

»Nuestro siglo da, pues, mucha, mucha importancia á estas materias, y es lástima no se las des tú también como debieras ¹. »

La voz poderosa, y más aún la convicción profunda con que el católico afirmaba sus convicciones, habían avasallado por completo á aquel frívolo y abigarrado auditorio. Muchos de los concurrentes se agruparon alrededor de él, le oían con atención y respeto, y yo me marché diciendo para mí que así como los malos periódicos son la perdición del pobre pueblo, así hace una gran obra de misericordia el que por medio de buenos libros proporciona un antídoto á los ignorantes, pervertidos, envenenados, desmoralizados y engañados por las malas lecturas.

II

Si es verdad que la Religión sólo sirve para las mujeres.



ALIENTE majadería! ¿Si habrán descubierto esos señores que sólo las mujeres tienen alma inmortal, y que los

¹ SARDÁ: *Biblioteca ligera*.

hombres no somos más que monos más ó menos civilizados? ¿Si sólo las mujeres serán criaturas de Dios, y los hombres habremos brotado como hongos debajo de las encinas, y no deberemos nada al Supremo Hacedor de cielos y tierra? ¡Vaya un favor que nos hacen á los hombres; convertirnos en brutos irracionales, que son los únicos vivientes dispensados de tener religión!

Esos *sabios* despreocupados, cuando hablan de estas cosas, discurren maravillosamente... con los pies.

Porque, vamos á ver. Ó la Religión es verdad ó es mentira: si es mentira, está de sobra para los hombres y para las mujeres; pero si es verdad, la necesitan los hombres y las mujeres, y los hombres tanto más cuanto sus pasiones son más violentas, sus medios de obrar más fuertes, sus ocupaciones más importantes, sus obligaciones más graves, sus vicios más dañosos y sus peligros más continuos.

¿O es que queréis alimentar con paparruchas á las pobres mujeres, y hacerlas comulgar con ruedas de molino, como si

ellas no tuvieran inteligencia, y á veces superior á la de los hombres?

Pero dicen que la Religión sirve, sí, para hacer á las mujeres honradas y buenas, ya que mujer sin religión y sin Dios corre mucho riesgo de ser mujer sin honra y sin pudor. En efecto: así es; pero es el caso que al hombre le pasa lo propio, porque lo que es el pudor para la mujer, es para el hombre la conciencia. Porque es verdad que si hombres y mujeres todos tenemos deberes arduos y penosos que cumplir en esta vida, no lo es menos que los hombres somos, por naturaleza, los maestros, los tutores y los defensores de las mujeres.

De los hombres salen los sacerdotes, ministros de Dios; los soldados, defensores de la patria; los jefes naturales de la familia; los gobernadores de los pueblos. Quien crea que se puede ser buen militar, buen padre de familia y buen gobernante sin tener religión, cree un disparate enorme, que no cabe en ninguna cabeza sana.

Ahora bien: si tanto mayor ayuda se necesita para una obra cualquiera cuanto la obra es más difícil y mayores y más nume-

rosos los peligros que hay de ejecutarla mal, tanto más necesaria tiene que ser la Religión para que los hombres ejecuten bien las obras que son propias de su sexo, mucho más difíciles y mucho más peligrosas que las de las mujeres.

Que la Religión es buena para hacer cumplir deberes á alguien, es cosa que no niega quien concede que para las mujeres es buena. Y si es buena para que, enseñadas y dirigidas por ella, cumplan las mujeres con las obligaciones de su sexo, ¿qué le falta para poder enseñar y dirigir á los hombres en el cumplimiento de sus deberes? Dios, al dictar su ley, ¿crees tú que hablaba sólo con la mitad del género humano? Eso sería muy cómodo, pero es muy tonto y falso.

Desengañémonos: para los hombres como para las mujeres, hay un Dios á quien adorar y servir, un alma que salvar, vicios que huir, virtudes que practicar, un cielo que merecer, un infierno que evitar, un juicio supremo que temer, y una muerte que sin cesar nos amenaza, que no sabemos cuándo llegará, y para la cual hay que estar preparados. Por los hombres y por las

mujeres murió en la cruz Nuestro Señor Jesucristo, y á unos y á otros tocan sus divinos mandamientos.

La Religión es buena para todo el mundo; ¿y sabes quién la necesita más que nadie? Los que dicen que á ellos no les hace falta. Los que más la necesitan son los que menos la quieren.

Pero puesto que, en efecto, es muy verdad que la Religión sirve para las mujeres, aunque es falsísimo que sólo sirva para ellas, te quiero explicar, amigo lector, de dónde ha tomado origen y cuerpo esa opinión de que las mujeres deben ser buenas cristianas y servir á Dios, pero que los hombres pueden ser... cualquier cosa y servir aunque sea á Satanás. Pues, mira; he aquí la verdad sobre esta materia.

Si la mujer tiene necesidad de Religión, no es únicamente por la razón general de que todos cuantos gozan del ser, de la vida y de la inteligencia deben reconocer la dependencia en que se hallan de su Criador, sino también por razones peculiares de su sexo.

La debilidad y flaqueza natural hacen que la mujer sienta con más viveza la ne-

cesidad que tiene de la protección divina, y la estrechan más íntimamente con Dios. El predominio que el afecto ejerce en ella sobre el racioninio, es causa de que su corazón se dirija sensiblemente, y como por una fuerza irresistible, á la Religión; si ese corazón no está enteramente dañado y corrompido, no pueda tener paz y felicidad sin Dios. Pero, sobre todo, tiene una necesidad imperiosa del afecto religioso por otra disposición amorosísima de la Providencia divina.

Dios ha destinado á la mujer por medio de la naturaleza á dos nobilísimos oficios: al arduo y largo ministerio de educar á la prole en aquellos primeros años en que los cuidados maternos pueden imaginarse pero no describirse, y además á ser la maestra natural de la misma para infundir el primer germen de la virtud y de la Religión en aquellos corazones inocentes. Para facilitarle el cumplimiento de este alto encargo, la divina Providencia le preparó con un corazón muy tierno y muy afectuoso, para que con más suavidad llenase sus deberes, y con más constancia perseverase en tan prolongado trabajo. De ahí proviene que,

cuando la mujer dirige su corazón tan afectuoso á los ejercicios de piedad para con Dios, experimenta un sentimiento más tierno, un amor más sensible, y con mayor ímpetu es transportada hacia todo aquello que se dirige al honor y culto divino. Por estas razones, es muy cierto que la mujer tiene una necesidad muy peculiar de la Religión.

Esa es la causa por qué horroriza ver á una mujer hacer eco á los libertinos y burlarse con ellos de la Religión. Para llegar á tal infamia, la mujer, no sólo debe perder todo temor, todo respeto, todo amor á lo santo y bueno, sino que debe además despojarse de todo pudor, que es, sin embargo, el honor á su sexo; debe, por decirlo así, transformar su carácter y su corazón, y después de haber sofocado todos los remordimientos de su conciencia, debe todavía conculcar los afectos más puros que le sugiere la misma naturaleza.

Que una serpiente dé silbidos y derrame veneno causa horror, mas no admiración, porque es propio de la serpiente; mas si se viese que una paloma hacía otro tanto, eso

causaría horror, y sería además una extraña maravilla, porque se vería en tal fenómeno la violación de las leyes de la naturaleza, la cosa más opuesta á la índole de la paloma.

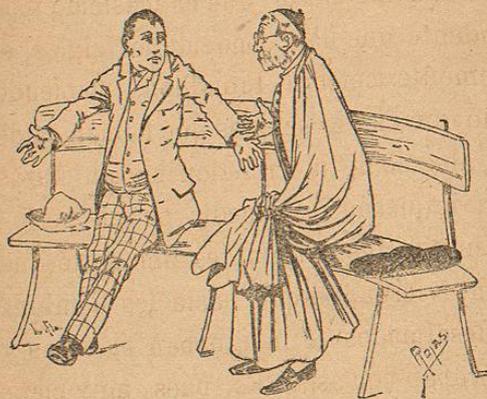
Es esto tan cierto, que el blasfemo más impudente que han conocido los siglos, el tristemente célebre Proudhon, habiendo sabido que ciertas señoras que habían caído en el abismo de la irreligión hacían alarde de su impiedad por medio de un periódico impío que dirigía, les amonestó que se contuvieran, porque hasta los hombres más desalmados se indignaban al oirlas y las miraban con asco. Es, pues, muy cierto que la Religión es buena, y muy buena para las mujeres.

III

Yo, ni robo, ni mato... Soy un hombre honrado;
con esto basta y sobra.

EXCELENTE discurso! ¿Y quién te ha facultado á ti para reducir á dos los mandamientos del Decálogo? Si Dios ha querido que sean diez, ¿se han de suprimir ocho por la sencilla razón de que á ti, ó te estorben, ó no te convengan? ¿O te figuras

tú que se puede trampear con las leyes de Dios como con las leyes humanas, y entrarse en el cielo de matute con tal que no seas ni ladrón ni asesino? ¡Conque con ser honrado basta, y aun sobra!

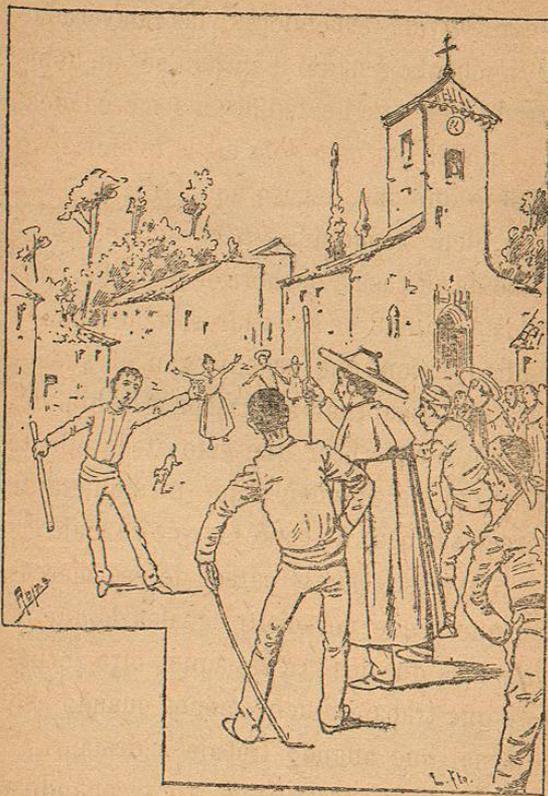


Yo, ni robo, ni mato...

Hombre, sí; para que no te ahorquen basta, pero para ganar el cielo no; basta para contentar á los hombres acá abajo, pero no para satisfacer allá arriba á Dios, tu Juez Soberano.

Ante todo vamos á arreglar tú y yo unas cuentas: sepamos qué es lo que tú llamas *un hombre de bien*. Porque ésta es una palabra de goma elástica que, estirándola, es tirándola, puede ser que te haga llamar

hombre de bien á un bribón de siete suelas.
¿Qué te parece de ese mancebito que,



¿Qué te parece ese mancebito que, garrote en mano...
anda á picos pardos?

mientras duermen sus padres, salta por la
ventana de su casa á media noche, y, ga-
rrrote en mano, se va por el pueblo, como

suele decirse, á picos pardos? ¿Te parece
este tal *un hombre de bien*?—«¡Vaya una
pregunta! (me responderás): las calaveradas
de muchacho á nadie le quitan ser un hom-
bre de bien: yo he tenido mis mocedades,
y lo que es por esto sólo no le toleraría yo
á nadie que me negase aquel dictado.»—
Está bien: ¿conque es decir que el esca-
parse de su casa á deshora de la noche, con-
tra la voluntad de sus padres, y burlando la
confianza con que se entregan al sueño,
para ir á trastornar los cascós á la hija del
vecino, ó algo peor que esto, todo ello te
tiene tan sin aprensión que ni siquiera te
parece ser cosa de confesar que es malo?

Sigamos. ¿Qué te parece de ese merca-
der que vende por cuatro reales lo que no
vale más que dos? ¿Y de aquel otro jorna-
lero que trabaja mucho menos cuando está
á jornal que cuando trabaja á destajo? ¿Y
de ese otro fabricante que, aprovechándose
de la ocasión, les da á sus obreros menos
jornal del que puede y debe darles?—Yo su-
pongo que tú no eres un hombre de tan poca
conciencia que me digas que todos éstos
obran honradamente; pero anda y pregún-

tales á ellos si se tienen por gente honrada, y todos te responderán que se creen tan *hombres de bien* como tú; que ellos están, como suele decirse, á su negocio, y que el ahorrar un poquito de aquí y otro poquito de allá para ganarse la vida no es motivo para poner en tela de juicio su hombría de bien.

A ese mocito descabezado que derrocha en cuatro días el caudal que le dejaron sus padres; á este otro viejo tacaño que en su vida ha dado una limosna; á aquel vecino tuyo que se pasa el día en la taberna, anda, vé y pregúntales si se tienen por *hombres de bien*. El uno te dirá que *él no gasta más que lo que es suyo*; el otro te responderá que *él no hace mal á nadie*, y el último se extrañará de que se pueda negar á un hombre el título de honrado porque le gusta empinar un poquito el codo.

Todos éstos, cuando les reconvengas por sus vicios y su conducta, cuando les digas que un *hombre de bien* no hace lo que ellos hacen, ni vive como ellos viven, todos te dirán que al que ponga en duda su honradez se la probarán á bofetadas y á tiros, si á mano viene. ¿No es eso lo que dicen?

Es decir, que para estos tales, en no robando y matando puede uno ser un perdido, un logrero, un libertino, un derrochador.

Es decir que en no haciendo una cosa por donde pueda ir á presidio ó al garrote, en no metiéndose con nadie para robarle el dinero ó para darle una puñalada, haga en todo lo demás lo que quiera, no hay motivo para que Dios le cierre la puerta de la gloria. De manera que, cuando se trate de juzgar á los hombres, no es ya el corazón lo que hay que mirarles para ver los vicios ó virtudes que en él abrigan, sino el pie para ver si llevan grillete. ¡Todo el que no haya estado en la cárcel por ladrón ó por asesino, será bueno para el cielo!

¡Vaya una manera de discurrir! ¡Buena está la Religión de estos dichosos *hombres de bien*! ¡Una Religión que deja á todo el mundo hacer lo que se le antoje, con tal que no robe ni mate! Esta no es Religión, sino una barbaridad abominable.

Pero aquí te estoy oyendo decirme: «Usted me pone por ejemplo á gentes que nadie puede llamar honradas; no, señor; yo llamo *hombre de bien* al que cumple con to-

das sus obligaciones, al que no causa mal á nadie y obra todo el bien que puede; á éste es al que yo llamo *hombre de bien*, tenga ó no tenga religión.»

Y yo te respondo á esto que, desde que el mundo es mundo, no ha habido, ni hay, ni habrá un hombre que, sin tener religión, sea tal como tú lo quieres; y que, si hubiese alguno, te debería causar más asombro que un hombre que viera sin tener ojos ó un peñasco donde naciese trigo.

Ven acá y dime: ¿conoces tú algún hombre tan perfecto que no tenga absolutamente ningún vicio; ninguna flaqueza, ninguna mala inclinación? Crees tú que, tales como somos los hombres, puede haber alguno que no incurra alguna vez ó que no se halle expuesto á incurrir, con el acto ó con el deseo, en pecado de soberbia, de ira, de envidia, de impureza, de avaricia, de pereza ó de gula?

Cuando menos, habrás de confesarme que el hombre más exento de estas culpas no está libre de tentaciones que le inclinen á cometerlas. Pues bien: ¿qué freno quieres tú que tenga un hombre para no entre-

garse á cualquiera de aquellos vicios? ¿De dónde quieres que le venga el socorro si su tentación le inclina á pecar, ó el remordimiento si ya ha pecado? ¿Quién le enseñará lo que es malo, y le impedirá ejecutarlo cuando ya lo sepa? ¿Será el temor de Dios? Lo será sin duda para un hombre religioso; pero estamos hablando de uno que no tenga ninguna religión. ¿Será su razón, su entendimiento de hombre? Esto fuera bueno si la propia experiencia no nos mostrase lo poco que vale la razón cuando la pasión se pone de por medio. Conque ¿quién será? Yo no encuentro más que el temor á la justicia. Y en esté caso te digo: ¡Bendita Religión la que no tiene más freno para contener á los hombres que el bastón del alcalde de barrio ó la penca del verdugo! ¿Te acomoda á ti esa Religión? Pues que te haga buen provecho: mejor estoy con la mía.

Pero todavía quiero concederte más. Supongo el imposible de que hayas encontrado á un hombre que, sin tener religión, cumpla bien con las obligaciones de su estado, que sea buen padre de familia, buen marido, buen hijo, leal en sus tratos; en

una palabra, que sea todo lo que en el mundo se entiende por *un hombre de bien*. Pues bueno; aun supuesto este imposible, todavía te digo que no es bastante.

No, no es bastante; porque, aun suponiendo el imposible de que un hombre sin religión sea buen padre, buen marido, buen ciudadano, todavía le falta que cumplir la primera de sus obligaciones, la más grande, la más sagrada. Todavía le falta obedecer á Dios, que lo ha criado, que lo guarda y mantiene en este mundo; que le ha dado un alma racional para conocerle, ojos para ver sus obras y corazón para amarle. Todavía le falta dar gracias á este Dios bueno por los beneficios que le ha concedido, y pedirle su auxilio soberano para no caer en pecado, y adorarle y bendecirle como Él quiere y manda ser adorado y bendecido.

Si ninguna de estas cosas hace ese á quien tú llamas *hombre de bien*, comete la más fea de todas las faltas, tiene el más vil de todos los vicios, que es la *ingratitude*. La ingratitude, sí: porque ingratisimo es el hombre que para nada se acuerda del Padre celestial, á quien debe el ser, la vida, el

entendimiento, la salud, los bienes de fortuna, todo, pues para él se ha creado este mundo; para su provecho, para su comodidad, para su recreo, para él ha creado ese sol que le alumbra, y esa tierra que le da el sustento, y esas flores que alegran sus ojos; para él formó esos lazos tan dulces que le proporcionan el gozo de ser padre, de ser hermano, de tener amigos; por él, para salvarle y para hacerle heredero y participante de su gloria, descendió del cielo y tomó carne humana en las entrañas de una Virgen, y padeció y murió afrentado en un suplicio horroroso; para él dió su ley de amor y de paz, para él son sus bendiciones, su perdón, su misericordia...

¡Ah! ¿Y qué le da ese *hombre de bien*, qué le da, en cambio de tanto beneficio, á ese Dios, de quien no se acuerda siquiera, ó, lo que es mucho peor, de quien no se acuerda sino para despreciarle, para burlarse de su culto, y para escarnecer quizá á los que, más agradecidos que él, le ofrecen el tributo de una humilde adoración? ¡Desagradecido, sí; mil veces desagradecido! ¿Y es posible que nada tenga que echar-

se en cara? ¿Y tendrá valor para llamarse *hombre de bien*?

Hablemos claro: la *hombria* esta *de bien* que se quiere poner en un lugar de la Religión, no es más que una picardía inventada por los que tienen miedo y horror á sujetarse al dulce yugo cristiano. El cristianismo *lo hila*, como suele decirse, *muy delgado*, y á la gente de manga ancha le ha parecido conveniente desentenderse de él, y decir que está de sobra, y que á nadie le hace falta ninguna el ser cristiano con tal de que sea *hombre de bien*. Disparate tan grande como si dijéramos que á nadie le hacen falta los ojos para ver ó las piernas para andar.

IV

Un capítulo que no es sólo para el pueblo.

No has oído decir nunca, caro lector: ¡Oh! la Religión, la Religión es buena, es útil, necesaria *para el pueblo*? El pueblo sin religión se convierte en horda de salvajes, á los que solo se puede contener á palos y cañonazos. La Religión, el temor de Dios, es el mejor freno para el pueblo, y

desgraciada aquella nación en la que el pueblo pierde la idea de Dios. Con ella se va la idea de honradez, de moralidad y de virtud... y se convierte en merienda de negros.

Y sobre ese tema hacen toda clase de variaciones, que todas se vienen á reducir á hacer creer que la Religión es la mejor policía, el mejor cuerpo de guardias civiles que se ha inventado. Porque, casi siempre, esa idea verdadera de que la Religión es buena para el pueblo y necesaria, envuelve la falsísima idea de que al que no es pueblo maldita la falta que le hace. Como si la Religión fuera cosa de chaquetas y levitas, y no de deber y de conciencia. ¿Gastas levita y tienes cuatro cuartos tal vez adquiridos con trampas é ilícitas artimañas? ¿Eres *persona decente* y sabes saludar y hacer muchas reverencias en un salón? Pues entonces puedes ser un salvaje en lo del alma, y no tener más Dios que tus placeres ó tus caprichos. ¿Pero eres del pueblo, es decir, ganas el pan con el sudor de tu frente, y usas blusa y alpargatas, y no entiendes de tiquis miquis de cortesías y salutations? ¡Ah! Entonces me conviene mucho que